

será el de los emperadores, á lo menos de aquellos que sean dignos de su título. Antes de seguirlos en este inmenso trabajo, hay que ver de cerca esas poblaciones que muy luego darán á Roma gramáticos, retóricos, juriscónsultos, poetas, y al Estado sus jefes más gloriosos. Leyendo la trágica historia de aquella república asaltada por todas partes, vacilante, arruinada, en fin, y hundida, se olvidan fácilmente esas multitudes á que los romanos á su vez acababan de dar el espectáculo de innumerables é ilustres gladiadores degollándose en un circo inmenso. Ahora que ha caído el viejo edificio que abrigó al principio tantas virtudes, como vicios después, se tropezará á cada paso en sus despojos: en tiempo de Vespasiano, de Trajano, más tarde aún, se hablará de república, de senado, de pueblo romano, y en toda la historia del imperio, muchos no han querido ver más que las protestas de la libertad y las venganzas del despotismo; pero recordando que las palabras duran más tiempo que las cosas que expresan, no se dará importancia á esos pesares aparentes y se apartará la vista de las sangrientas ó repugnantes escenas del palacio ó de la curia para ver sólo surgir poco á poco un mundo nuevo y extenderse por encima de tales ruinas y recuerdos.

Estos hombres y estas cosas del porvenir son los provinciales que van á arrancar á Italia sus antiguos privilegios, á propagar en todo el Occidente bárbaro la civilización greco-latina y á dar á cien millones de hombres, por autoridad de emperadores nacidos en Sevilla, en Lion y en Leptis, leyes á que ha de darse el nombre de razón escrita. Va á formarse también una nueva religión para esta sociedad nueva; del Jehovah mosaico, Señor implacable y celoso de una raza privilegiada, va á hacer Jesús el Dios universal de los pobres y de los afligidos: de suerte que al mismo tiempo que los emperadores pongan en la ley civil el principio del derecho individual que aísla, el cristianismo trabajará por poner en los corazones el sentimiento de la fraternidad que une; dos grandes ideas de la época imperial, que la Europa moderna ha encontrado bajo las ruinas de la Edad media con la obligación de reunir las y hacer que prevalezcan al fin en las costumbres.

Para medir esta marcha de las provincias hacia la igualdad de derechos, de civilización, de riqueza, y más tarde de religión, conviene marcar claramente el punto de que cada una de ellas ha partido. Así se juzgará mejor la obra de los emperadores; se verá bien si supieron hacer con sus instituciones en provecho del Estado lo que el cristianismo hizo con sus doctrinas en provecho de la Iglesia; en fin, tomando las palabras de Bossuet, si «va á nacer un nuevo pueblo de todas las naciones encerradas en el recinto del imperio.»

El imperio de Roma, ó como dicen sus historiadores y legistas, el *universo romano*, era bastante extenso, cuando Augusto vino á regirlo, para que los pueblos, súbditos ó enemigos, que pertenecen á su historia representaran casi todas las razas de hombres del antiguo continente.

Los iberos, puros de toda mezcla, estaban establecidos entre el Garona y el Ebro superior, y se mezclaron luego con los fenicios en la Bética y con los galos en la embocadura del Tajo y en la Celtiberia.

Los celtas ocupaban la Gran Bretaña, la Galia, menos la Aquitania y parte de la Narbonense, la alta Italia, los Alpes, muchos países de la orilla derecha del Danubio y algunas comarcas del Asia Menor (Galacia).

Los germanos y los eslavos ó sármatas se repartían la vasta llanura que se extiende desde el Océano del Norte hasta el mar Caspio.

Las poblaciones griegas y latinas ocupaban el centro del

imperio; las unas miraban al Oriente, como si obedecieran aun al impulso de Alejandro; las otras al Occidente, donde propagaban las costumbres y la lengua de Roma.

Al Sur, los pueblos semíticos cubrían toda la costa africana del Mediterráneo con las denominaciones de moros, nómadas y fenicios. En Egipto se habían mezclado con la raza etiópica, como en Armenia con la raza aria, y les pertenecía toda la península arábiga con la Palestina: en Siria se habían helenizado.

A espaldas de ellos dominaban los pueblos del zenda, más lejos los del sanscrito ó indo, y al extremo del Oriente, los seres ó seros.

Todos estos pueblos, menos los dos últimos, son ó van á ser los súbditos, los enemigos ó aliados del imperio. Los germanos han comenzado ya esta guerra que durará cuatro siglos; los partos conservan aún los estandartes de Craso; muy pronto enviará la India sus diputados á Augusto; en tiempo de los Antoninos verán los seres llegar á su país comerciantes romanos y sus historiadores no conocerán entonces más que dos imperios en la tierra, el del Centro y el de Occidente (1).

No tenemos que hablar de los seros ni de los indostanos: con los primeros sólo tuvo el imperio muy raras inteligencias, de que no quedan indicios; con los segundos, sus relaciones de comercio fueron muy activas, pero los antiguos escritores, que no se curaban de economía social, no han conservado ningún recuerdo.

No podrían valer las mismas razones respecto de los partos y germanos, los cuales han de figurar mucho en esta historia; pero lo que quisiéramos estudiar más particularmente es el estado de las provincias romanas; pues para apreciar los resultados de la fundación del imperio importa demostrar que desde el cántabro, fiero y libre en sus montañas, hasta el griego de Antioquía ó de Efeso, servil y afeinado, había en aquellos pueblos todos los grados por los cuales se pasa de la más grosera barbarie á la civilización más completa y refinada, con mucha diversidad de lenguas, de costumbres y de carácter.

Con todo eso, era preciso aproximar estos pueblos para darles por medio de la unión la fuerza necesaria para resistir á las tribus del Norte, hasta tanto que el imperio hubiera acabado su obra. Más allá del Rin y del Danubio rugían hordas numerosas y amenazadoras, á quienes los cimbro y los suevos habían enseñado el camino de los países del sol, del vino y del oro. Con una mano detúvulos el imperio, y con otra, cubrió de caminos, de acueductos y de ciudades florecientes el suelo de las provincias, ahuyentando de ellas la guerra y manteniendo la paz por espacio de dos siglos y medio; hizo que penetrara en ellas su lengua y su espíritu, sus leyes y su culto; y cuando cedió el dique, la onda invasora hubo de encontrar tantos obstáculos, que no pudo arrastrarlo todo.

La civilización antigua, es decir la nuestra, después de haber reinado sobre cien millones de hombres, después de haber arraigado por sus creencias en el corazón de los pueblos, como por sus monumentos en el suelo que los soste-

(1) Es de notar que en la segunda mitad del siglo que precede á la era cristiana, casi todo el antiguo continente se hallaba dividido en cuatro ó cinco grandes sistemas políticos: al Sur Vikramaditya había reunido la mayor parte de la península india; al Este el imperio chino, bajo la dinastía Han, había obligado á los jefes de las tribus del Asia interior á reconocer su supremacía, y aun los príncipes de la Transoxiana solían prestarle homenaje. Todo el Occidente estaba ocupado por el imperio romano; en el centro, entre el Caspio y el Océano Indico, dominaba la monarquía de los partos; en fin á espaldas de éstos, en la Bactriana y el valle del Indo, reinaban poderosos príncipes, que entraron en relaciones con los romanos.

nía, ha tardado, sin embargo, diez siglos en salir de las ruinas. ¿Qué hubiera sido si la invasión no hubiera encontrado en su camino más que barbarie, fuera de Atenas, Roma y Alejandría? Extinguidos estos tres focos ¿qué oscuridad no hubiera envuelto el mundo!

## II. — PROVINCIAS DEL OESTE Y DEL NORTE.

*España.* — Dos grandes razas habían poblado á España, los iberos y los celtas. Estos, los últimos que llegaron, hubieron de ocupar todo el Norte y el Oeste, menos el país vasco, y los otros el Sur y el Este. En el centro quedaron mezcladas las dos razas y este cruzamiento aprovechó á las tribus derivadas de ellas: los celtíberos son los héroes de la antigua España. Establecidos en las tierras altas de que descenden el Duero, el Tajo y el Guadiana, dominaban las comunicaciones entre las dos vertientes de la península, y como defendieron su independencia contra Roma por espacio de tres cuartos de siglo, España conservó su libertad durante este período de setenta años. Numancia era una de sus ciudades.

Al pie de sus montañas se detuvo mucho tiempo la civilización traída por los griegos á las costas de Cataluña y de Valencia, y por los fenicios y cartagineses á las de Murcia y Andalucía. Los iberos meridionales hubieron de dejarse penetrar por esta influencia de las colonias extranjeras que poco á poco suavizó sus costumbres y desarmó su fiera. Los túrdulos y los turdetanos ostentaban con orgullo libros de historia, poemas y leyes escritas en verso hacia *seis mil años*, decían ellos (1). Pero los romanos, desdeñosos de esta literatura que no tenía el mérito de haber nacido á orillas del Iliso ó del Meandro, condenaban estos gustos pacíficos, como causa de molicie y de flaqueza: *Turdetani... maxime imbelles*. Las dominaciones se hundían, las religiones cambian, los pueblos se transforman y ciertos usos duran á través de los siglos. Estrabón vió en la cabeza de las mujeres de la Bética el ligero paño ó pañuelo que da tanta gracia á las hijas de Andalucía.

Al Sur de Sierra Morena (*Castulonensis altus*) contaba numerosas ciudades y aceptaba las costumbres de Roma tan fácilmente como había tomado las de las colonias fenicias. Gracias á la paz que daré el imperio, iba á aprovechar las riquezas de un país al cual no había negado nada el cielo: la dulzura del clima, la fertilidad del suelo y de las minas que parecían inagotables, siendo las principales las de Iliya y de Sisapo (Almadén).

La influencia romana alcanzaba aún á los belicosos celtíberos, pero más lentamente, como quiera que no tenían grandes ciudades por donde pudieran propagarse en el país las nuevas ideas, y las antiguas costumbres se defendían fácilmente en sus numerosas aldeas perdidas en medio de las montañas. Eran hábiles en fabricar armas, y muy más en manejarlas; y como ahora no las podían utilizar en favor de su causa, iban á combatir bajo las águilas romanas. A espaldas de ellos, las tribus célticas entraban mal de su grado en la nueva vía. Los lusitanos, tan ávidos de guerra, fueron condenados al reposo. Augusto los conducirá de la mano á la civilización romana.

Al Norte de la Lusitania, se habían suavizado los galle-

(1) Estrabón atestigua el inmenso comercio que hacía España, en su tiempo, con Italia. Plinio (*Hist. nat.* IV, 34; III, 4) encomia su raza caballar y añade que se decía que á orillas del Tajo, el viento fecundaba á las yeguas (*Ibid.* VIII, 42). También dice que los caballos españoles eran tan veloces como los de los partos. Mejorada esta raza por la árabe, originó la inglesa en el siglo XIV.

gos desde muy temprano con sus relaciones de comercio con los cartagineses, que iban á buscar entre ellos el producto de su pesca y del oro que recogían casi á flor de tierra. Sin embargo, al ver al campesino de las orillas del Miño, empuñando con una mano la esteva del arado y con otra el venablo, se reconocía desde luego la belicosa raza de que había salido.

Los vascones también, situados en una de las grandes vías de España á la Galia, mezclaban el comercio y la guerra. Algunas medallas fenicias encontradas en su territorio muestran que los infatigables navegantes de Tiro y de Gades habían descubierto y explotado sus minas. Pero en la costa estrecha y peligrosa del golfo de Gascuña, en las ásperas montañas de Vizcaya, dos pueblos habían rechazado hasta ahora el yugo bajo el cual humillara la cerviz España entera, y eran los cántabros, que mataban á sus ancianos, cuando no podían ya blandir la espada, y los astures, que se pintaban el rostro como los indios modernos para hacerse más terribles y no usaban más vestido que las pieles de los animales bravos que mataban. Si caían prisioneros, jamás se resignaban á la servidumbre; crucificados cantaban en su agonía cantos de libertad, y sus mujeres degollaban á sus hijos para librarlos de la esclavitud.

Durante mucho tiempo había sido España para los magistrados romanos una mina que explotar. Sus ávidos pretores mantenían, sin embargo, un orden de que se aprovechaba el comercio y algunos de ellos hubieron de honrarse con útiles trabajos. Hemos hablado de las fundaciones de Escipión (*Itálica*), de Marcelo (*Corduba*), de Sempronio Graco (*Gracchuris*), de Bruto (*Valentia*) y de Pompeyo, que había prodigado en España el *ius civitatis*. A la embocadura del Betis un Cepión hubo de edificar, por el modelo del faro de Alejandría, una admirable obra para indicar la entrada del río, que los navíos podían remontar hasta 1,200 estadios, entre dos orillas cubiertas de populosas ciudades.

César, cuya gloria aceptó España, después de haber combatido dos veces su fortuna, había reunido otras dos veces en torno de sí á todos los diputados de la península, establecido una administración regular y recompensado á las ciudades y á los particulares por su adhesión á su causa, es decir que multiplicó entre unas y otros los títulos de municipios ó de colonias, y la ciudadanía, el anillo de oro del orden ecuestre y la laticlavia senatorial. Muchas ciudades tomaron su nombre, y Cádiz que tenía la pretensión de conservar en su templo los huesos de Hércules; Cádiz, la más rica de las ciudades provinciales, pues no contaba menos de quinientos caballeros, obtuvo para todos sus habitantes los privilegios tan preciados de los ciudadanos romanos. Un gaditano, C. Balbo, llegó poco después al consulado: era el primero de los provinciales á quien cupo este honor y el primero también que hubiera subido al Capitolio con la púrpura triunfal. Otros se atrevían á escribir en la lengua de sus señores, y Córdoba había creado ya toda una familia de poetas, cuyos versos llegaban hasta Roma, con enojo de Marco Tulio, que protestaba contra aquella invasión provincial.

Por sus poblaciones del Sur y del Este, España entraba pues rápidamente en la civilización romana y en la unidad imperial: Augusto regularizará este movimiento y lo extenderá al centro y al Norte de la península, que se resistían aún á esta influencia.

Después de la batalla de Munda, Sexto Pompeyo, oculto en las montañas, hubo de vivir algún tiempo del bandidismo; después habiéndose aumentado el número de su gente, tomó á la descubierta su nombre y batió á doscientos de César. Su amnistía, propuesta por Antonio,

devolvió á España la paz, muy pronto otra vez turbada por los reyes moros Bogud y Bocco, que con los nombres de los dos triunviros ventilaban sus enojos particulares. Bogud fué expulsado, pero sus aliados, los ceretanos, se sostuvieron mucho tiempo, valiendo su sumisión un triunfo á Domicio Calvino. Los dos sucesores de este general obtuvieron el mismo honor, sin que se sepa de qué servicios fuera semejante premio.

Una provincia de donde volvían tantos triunfadores no era un país tranquilo, y así será una de las primeras que llame la atención de Octavio. Allí, á lo menos, no tendrá que combatir, como en la Galia, un sacerdocio poderoso, ni doctrinas ardientes y vivas. Singular contraste con esa exaltada devoción de que queremos hacer el rasgo fundamental del carácter español: en la mayor parte de aquellos pueblos estaba tan poco desarrollado el sentimiento religioso que Estrabón llega hasta á dudar que tuvieran dioses. Verdad es que mirando bien en la historia de España, se ve claramente que la religión fué siempre en ella una forma del patriotismo.

*Galia.* — Al Norte de los Pirineos, poblaban los iberos la Aquitania, que cercada por Narbona y Tolosa, dos focos de civilización romana, y por Burdeos, que muy presto lo ha de ser, cambiará sus cabañas de paja en bellas y elegantes villas. Confinaba al Este con la Narbonense, donde Roma y Marsella habían trabajado de consuno para borrar en la población indígena los vestigios de su doble origen ibérico y céltico, la una con sus grandes establecimientos de Aix y de Narbona, la otra con las factorías que había multiplicado en la costa y con sus escuelas, que hacían olvidar á los jóvenes Romanos el viaje de Atenas. «En Marsella, dice Tácito, la elegancia de los griegos se armoniza felizmente con la severidad de las costumbres provinciales.» Un nieto de Augusto, Lucio César, y Agrícola se educarán en sus gimnasios. En cuanto á Narbona, que llama Estrabón el puerto de toda la Galia, dió ya nacimiento á un poeta épico, Varro Atacino, y el vococinio Trogo Pompeyo escribía ó preparaba su grande Historia universal.

Considerada como punto avanzado de Italia y guardia de las comunicaciones con España, era la Narbonense aun en tiempo de César, una de las más importantes posesiones de la república. Desde la conquista de la Céltica, la seguridad de que se gozaba á orillas del Ródano y la proximidad de la nueva provincia por explotar, atraían á la *Galia togada* multitud de especuladores. Así, muy luego será como el jardín de Italia, donde todos los ricos romanos querrán tener un dominio.

Se ha exagerado mucho la docilidad de los galos á recibir el yugo, oponiendo á su fácil resignación la constancia española. Ocho años Bastaron, suele decirse, para poner la Galia á los pies de César. Y es que los iberos habían eternizado la guerra fraccionándola; no habían dado una batalla, sino mil combates; mientras la Galia, que se levantó en masa, fué vencida de una vez. Las dos naciones presentaban ya estos dos caracteres, la una de aislamiento, la otra de fácil asociación, que dependían del suelo natal y que han conservado siempre. Echemos también en la balanza la espada del conquistador: España no tuvo que defenderse contra César.

Al pasar á la dominación romana los galos habían perdido poco y ganado mucho: á la existencia continuamente turbada por la ambición de los jefes de *clan* y al culto de terror mantenido por los druidas, sucedieron la vida tranquila de una sociedad regular, una religión tolerante, la seguridad en las fronteras y en todas partes la Paz Romana,

que borró en breve el pesar de la independencia perdida.

César, por otra parte, se había servido contra ellos de un arma desusada entre los procónsules: después de la victoria se mostró clemente y afable. Así, la Galia Cabelluda le dió sus más bravos hijos, sus arqueros rutenos, su infantería ligera de la Aquitania y la Arvernia, su infantería pesada de la Bélgica y sus audaces jinetes, treinta de los cuales bastaban para hacer huir á dos mil númidas, y cuatrocientos valían por un ejército, en opinión de Cleopatra y de Herodes. Y mientras combatían por el dictador en Grecia, en Africa, en España, sus padres y hermanos labraban, traficaban con ese ardor por los trabajos de la paz que brilla siempre al salir de las guerras prolongadas.

«Esta Galia, decía Marco Antonio, que nos enviaba los ambrones y los cimbras, está sometida ahora y tan bien cultivada como la misma Italia. Sus ríos se cubren de naos, y no ya sólo el Ródano y el Saona, sino también el Mosa, el Loira, el Rin mismo y el Océano.»

Antonio, ó más bien Dion, que hace este discurso, dijo demasiado sin duda; pero ello es cierto que la trasformación que iba á hacer de la Galia la más rica provincia del nuevo imperio comenzaba ya.

Esta fecunda actividad y la prosperidad que era su consecuencia, resultaban del olvido en que Roma dejaba su conquista. Se agitaban en otras partes intereses demasiado graves para pedir á la Galia que suministrara más de su contingente y su tributo. Comprendida al principio en el lote de Antonio, apenas echó de ver la traición de Caleno, que la entregó al otro triunviro; pero cuando el tratado de Miseno hubo dado algún respiro ó tregua á Octavio, el nuevo dueño de las Galias quiso hacerles sentir más de cerca la acción de Roma, porque ya renunciaba á las violencias triunvirales para comenzar lo que fué el gran negocio de su vida, la reorganización del imperio.

Luego al punto estalló la guerra por todas partes: toda la Aquitania se levantó en armas y los germanos secretamente llamados por los belgas, pasaron el Rin. A dicha, estaba Agripa allí, y haciendo un recurso de lo que parecía un peligro, estableció dos tribus germánicas, los ubienses y los tongros, enemigos mortales de los suevos y los catos, en la orilla izquierda del Rin á la altura de Colonia, para guardar los pasos del río, repoblar el país, desierto desde el exterminio de los eburones, separar á los belgas de los germanos y formar entre los dos pueblos una colonia con que pudiera contar Roma (37).

Pero ya había comenzado la guerra en Italia, y Octavio llamaba á su hábil general para que le ayudara á vencer á Sexto y luego á Antonio. Entre tanto, los galos como los demás provinciales de Occidente, conservaron á favor de las turbaciones de Roma una semi-libertad, y con ella las creencias drúidicas, la lengua y las costumbres nacionales, aun no falseadas seriamente.

*Montañeses de los Alpes.* — Al Oeste estaban bien determinadas las posesiones romanas: el Atlántico les servía de frontera. Con menos facilidad se trazaría la línea al Norte. Los Alpes no envuelven solamente á Italia; las montañas de la Iliria y del Hemo, que limitan la Grecia y la Tracia por el Norte, son su prolongación oriental. A contar de un siglo atrás, muchos ejércitos romanos habían salvado aquella alta barrera para penetrar en la Nórica, la Panonia y la Mesia; pero sin éxito, porque era evidente que no podía haber conquista duradera en el valle del Danubio, mientras los montañeses pudieran cerrar inopinadamente los pasos. Ahora bien, aquella gran cadena que defendía el mundo civilizado, y desde donde se hubiera amenazado al mundo bár-

baro, no había estado nunca ocupada por las legiones romanas.

Si en los Alpes occidentales estaban los caminos poco más ó menos libres, en los Alpes Peninos no se abrían sino á precio de oneroso peaje y de verdaderos peligros. Después de la ruda lección que había dado á los helvecios, envió César los restos de este pueblo á sus cantones para que tribus en adelante fieles guardaran las inmediaciones de los Alpes contra los germanos. A fin de completar el bloqueo de estas montañas, había querido someter también la parte superior del valle del Ródano, lo que hubiera llevado los límites de su provincia á la cresta misma de los Alpes y hasta los pasos por donde se descendía á la Cisalpina. Pero su teniente Galba había tenido que retroceder ante la sublevación de todas las tribus valesanas. Aun en la vertiente italiana, en la cuenca del Doira, no dejaban los salases acercarse á sus minas de oro, y hacía poco que habían hecho pagar á los soldados de Décimo Bruto una dracma por plaza para dejarles libre el paso de sus montañas. Cocio y sus catorce pueblos eran independientes en los valles del monte Cenis, los ligures cabelludos en los de los Alpes Marítimos y los montañeses de la Liguria apenas inspiraban aún bastante temor para comprenderlos en la Cisalpina. «Todos los años, dice Estrabón, se les envía un gobernador de orden ecuestre, como se hace con otros pueblos absolutamente bárbaros.»

Las tribus de los Alpes réticos eran aún menos dóciles y más audaces: sus bandas, las de los retos particularmente y de los vindélicos, desolaban los países bajos cayendo de improviso por los altos valles del Adige y el Ada; atacaban las ciudades, mataban á los hombres y hasta á las mujeres, que sus adivinos suponían haber concebido varón. Estas salvajes incursiones, que recuerdan las devastaciones de los indios del nuevo mundo, eran vergonzosas para Italia; pero la antigüedad no tenía en mucho esta seguridad que nosotros estimamos tanto. Los gobernadores daban poca importancia á todo lo que no fuera una verdadera guerra y menos se curaban de la policía del imperio. Contra semejantes peligros, las ciudades, como los individuos, debían saber defenderse; á unas y otros dejaba Roma la libertad precisa de acción para creerse dispensada de velar por ellos, y obrar de asiento y en nombre de todos. Aun en tiempo de Augusto, los corsos y los sardos recorrerán al pillaje y sin cesar las costas de la Toscana y de la Liguria. Estrabón dice de Ortonio, ciudad de los frentanos: «Es una roca habitada por bandidos, que viven como bestias bravas, y construyen sus moradas con despojos de naufragios.» La isla de Lada, enfrente de Mileto, era el albergue usual de los piratas que infestaban el mar Egeo; la Dalmacia fué mucho tiempo famosa por sus bandidos, y el Tauro siempre.

Al Este, descendiendo la cadena de los Alpes, los caminos eran menos difíciles y conducían directamente al Danubio. La república tenía el mayor interés en vigilar aquellas regiones por donde habían llegado los cimbras, y donde se agitaba una masa confusa de poblaciones belicosas cuya vecindad mantenía el espíritu de resistencia de los ilirios y dálmatas.

Pero hacía ya mucho tiempo que el senado había olvidado la previsora política que en otro tiempo le hacía convertir la vista hacia esta parte; y así dejaba á los nóricos y tauriscos que se asociaran á las correrías y rapacidades de los retos, y que los carnios devastaran el valle del Tagliamento.

Dos colonias romanas, Aquilea y Trieste, fueron sin embargo establecidas en estos parajes; pero el territorio de la una era continuamente un campo de batalla, y la otra sufrió el pillaje de los yapodos, pueblo bravo y feroz, establecido

en los Alpes Julianos, desde donde amenazaba y tenía en inquietud y terror á sus vecinos: dos veces en veinte años rechazó á las tropas romanas. Un poco más lejos, los panonios, de tal manera hubieron de recibir á un general que se había arriesgado á meterse entre ellos, que toda Italia se estremeció ante el desastre. Desde entonces no hubo un cónsul que se atreviera á pasar los términos ó fronteras de este pueblo.

No era mejor la situación en la Iliria (1). Los ilirios fueron el primer pueblo acometido por la república, fuera de Italia, y no se resignaban aún á ser humildes súbditos de Roma, pudiendo disputar á los españoles el mérito de una resistencia secular. A pesar de su inmediación á la Grecia y á Italia, la civilización había influido poco sobre estos bárbaros, que se pintaban ó dibujaban el cuerpo como los pictos y los tracios, que ignoraban el uso de la moneda y cada ocho años hacían una nueva repartición de tierras.

Para librar de sus piraterías el Adriático se había alejado de las costas á los más turbulentos y belicosos de ellos, que relegados á las montañas, habían conservado en ellas su amor á la independencia.

Gabinio, uno de los tenientes de César, quiso dar la vuelta al Adriático con quince cohortes y tres mil caballos: los ilirios lo acometieron, y de tanta tropa, á duras penas pudo salvarse el jefe. Sin embargo, Farsalia, Tapso y Munda hubieron de intimidarlos y sus diputados se presentaron á César en Roma, encomiaron mucho su raza, muy más sus hazañas y solicitaron la amistad del pueblo romano.

El dictador les exigió un tributo y rehenes, condiciones que ellos aceptaron; pero muerto César, se negaron á todo, y amenazándoles Vatinius con tres legiones y numerosa caballería, le derrotaron cinco cohortes y lo rechazaron en desorden sobre el Epidamno.

Tal era pues el estado de la frontera del Norte, hacia el tiempo en que acababa la república. Toda la cadena de los Alpes estaba ocupada por tribus rapaces, poco peligrosas ciertamente, pero molestas y embarazosas, y sobre todo contrarias á la civilización detenida al pie de sus montañas. Y bien que tocaran al sagrado suelo de Italia, no se había dirigido contra ellas ninguna expedición regular, pues nadie quería guerras oscuras en que no hubiera encontrado botín ni gloria.

Octavio pensó en esto: algún tiempo antes de la jornada de Accio había ya acometido la empresa de reducir á estos montañeses, y le costó más de dos años de fatigas y peligros personales: dos veces corrió el riesgo de la vida y recibió en la lucha honrosas heridas; porque había querido registrar uno tras otro todos aquellos albergues de heroicos bandidos, derribar sus fuertes, tomarles rehenes y condeñarlos, en fin, al reposo y al temor. Los dálmatas entregaron los estandartes de Gabinio, y los liburnos los barcos que les servían para sus piraterías. Si los salases lo obligaron á tratar con ellos, los yapodos fueron domados, los carnios y los tauriscos castigados, invadida la Panonia, á pesar de sus cien mil guerreros, y tomada al asalto la plaza fuerte de Segesta, á orillas del Save, y guarnecida por veinticinco cohortes, como punto avanzado contra la barbarie germánica y dálica. Como todos los ojos estaban entonces fijos en Roma y Alejandría, no se echaron de ver estas expediciones. Sin embargo, en estas guerras comenzaba Octavio lo que debía acabar Augusto: tomaba posesión de la cadena de los Alpes, y para guardarlos mejor, avanzaba hasta el Danubio.

(1) La Iliria parece haber formado una provincia distinta de Macedonia desde el año 118: estaba separada de la Cisalpina por el riachuelo Formio (Risano, al S. de Trieste).